

LA NOVELA FILM

N.º 80

30 cts.



LOS NAUFRAGOS DEL DESTINO

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

Año II

N.º 80

Los Náufragos del Destino

LES NAUFRAGES DU SORT

Sentimental producción francesa,

1921

interpretada por

GERMAINE DÉRMOZ-THERESE VASSEUR

M. JANVIER, JEAN LORD

EXCLUSIVA DE

JULIO CÉSAR, S. A.

ARAGÓN, 316
BARCELONA

LOS NÁUFRAGOS DEL DESTINO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Dominando el paisaje y teniendo por fondo las azuladas aguas del Mediterráneo, muy cerca de la frontera italiana, tenía su retiro el célebre pintor Pedro Pascal.

Dos únicas pasiones llenaban la vida de este luchador: su hija Cristina y su arte.

Aquel suave atardecer, en el jardín de su finca, que las rosas de primavera llenaban de perfumes, Pedro terminaba el retrato de su hija.

En un momento de descanso, Cristina, preciosa joven rubia y encantadora, se acercó a contemplar el cuadro.

—¡Qué hermoso es!... Señor pintor... El éxito del retrato bien merece una recompensa...

Y le dió un largo beso que inundó de felicidad el corazón de Pascal. Y mimosa, continuó:

—¿Verdad papaito que te entrisece el pensar que muy pronto estaré casada? Yo te prometo que nuestra ausencia sólo durará un mes.

—Pienso, hija mía—contestó el pintor, mi-

rándola fijamente—, que desde la muerte de tu madre, cuando tenías tres años, has sido la luz de mi vida... ¡No extrañes mi pesar!

—¿Vamos a dar una vuelta, papá?

—Sí, chiquilla, el aire de la noche nos sentará bien a los dos.

Salieron de la finca, bordeando un camino junto al mar. Se divisaba un panorama incomparable. Estaban a gran altura. En el fondo, el Mediterráneo cantaba el ritmo misterioso de sus quejas. Llegaron a un mirador, situado en lo más alto y escarpado de la montaña:

—Este sitio es peligrosísimo—dijo Pascal—. Quien tuviera la desgracia de caer en él, no saldría jamás.

—¡Oh, qué horror!—contestó Cristina, asomándose al barandal.

Las rocas estaban cortadas a pico, agrestes y macizas piedras de un barranco que desaparecía en el fondo.

—Pero desde aquí también se goza de una visión única de la Costa Azul, de todas las blancas ciudades de la Riviera...

El pintor sentíase embargado de emoción ante aquel paisaje que le brindaba su copa de luz, mientras Cristina pensaba en su novio que se encontraba en París y llegaría unas horas más tarde.

Cuando regresaban, les saludó un vigilante de la costa, al que preguntó Pascal:

—¿Qué, se trabaja mucho?

—Bastante, señor. Nuestra tarea es bien pesada. Dicen que la gente del país se dedica

por la noche al contrabando que viene de Italia.

—No sabía...

—Pero yo no he podido cazar a nadie...

Había cerrado la noche. En el cielo asomaban las luces de las estrellas. La luna riente y amorosa iba a darle un beso al mar. Cuando entraron de nuevo en el jardín de su "villa", Cristina, con leve preocupación de enamorada, dijo:

—¿No te parece papá que tarda mucho mi prometido?

Unos días antes, en París, una peña de amigos, entre el estrépito de los taponazos del champaña, celebraba la despedida de Juan de Lanery, prometido de la bella hija del pintor Pascal.

—Brindo por don Juan de Lanery... y por la novia ausente—dijo uno de los amigos, y todos alzaron las copas por aquella unión gentil.

Entre la algarabía de carcajadas y vino, otro compañero preguntó a Juan:

—¿Y Elena?... Hace cuatro años estabas locamente enamorado de ella.

Juan hizo un gesto de discípiente mal humor.

—Son cuentas atrasadas que no se pagan. Todo terminó entre los dos.

—Señorito Juan—dijo el criado que acababa de entrar—. Una señora pregunta por usted.

—¿A esta hora? Bueno, voy al momento... Perdonad, amigos...

Cuando llegó a la salita, quedó desagradablemente sorprendido al ver a su antigua amiga Elena.

—¿Tú aquí...?

—Lee — respondió ella tendiéndole un periódico.

Juan, turbado, leyó un eco de sociedad que



Unos días antes, en París, una peña de amigos celebraba la despedida de Juan...

anunciaba para muy en breve la boda de "don Juan de Lanery con la señorita Cristina Pascal, hija del laureado pintor del mismo apellido, y que la ceremonia tendría lugar en la residencia de la novia, en Cap (Alpes Marítimos)".

—¿Y bien? — dijo Lanery recobrando su sangre fría.

—¿Es ésto verdad?... En otra ocasión redactamos una noticia muy parecida. Entonces era yo quien ocupaba tu corazón...

Hablaban tristemente pero con firme energía.

—Elena, no es posible volver atrás.

—De modo que no hay esperanza?

—No; yo parto esta tarde. Dentro de cinco días estaré casado.

Llegaba hasta ellos el eco de la fiesta que celebraban en el comedor. Elena tuvo una sonrisa amarga:

—Los gritos de tus amigos son para mí un martirio. ¿Es posible que ya no me quieras?... Deja a tu prometida... y piensa en nuestro amor antiguo.

—Elena, ¿para qué remover lo que está muerto?

En una mesita estaba el retrato de Cristina que la rival llenó de insultos.

—Te prohíbo terminantemente hablar mal de mi prometida. Cristina es un ángel.

—Acaso no era yo lo mismo cuando me conociste?

—A qué esta conversación inútil y desagradable? —dijo Juan con ánimo de terminar aquella entrevista.

—Juan, mi vida está deshecha y mi salud perdida... no te pido nada para mí, pero... nuestra hija... ¿quién la amparará? Renuncia a ese matrimonio que sólo será un capricho más.

—No te martirices inútilmente. Adiós.

—¿Me echas? ¿Así me pagas el amor por ti? Pues bien; ¡guárdate del dolor y de la venganza de una madre!

Marchó, plena de dignidad, cerrando la puerta con estrépito. Juan se encogió de hombros. ¡Bah! En otro tiempo cometió la debi-



—Te prohíbo terminantemente hablar mal de mi prometida.

lidad de amar a esa mujer que le dió una niña. Juan, llevado de su imperturbable cinismo no estaba dispuesto a destrozar su porvenir por culpa de aquella aventura fatal. Ama ba a Cristina, rica heredera, con la que iba a casarse.

Elena regresó desconsolada a su hogar:

—Juanita, hija mía—dijo abrazando al fruto de aquellos amores—. Yo no consentiré que te quedes sin padre...

Aquella mañana, en casa de Pascal, el pintor, mostrando una cadena a su hija, le había dicho:

—Esta cadena de oro te dará suerte en tu matrimonio.

—Mi suerte es tener un papá como tú.—Y rodeó su cuello de nieve con aquel regalo.

En plena montaña, a varios kilómetros de allí, en el pequeño pueblecillo de Trizo, vivía un hombre, Gildo Vanca, considerado como el propietario más rico del país. Estaba casado con una campesina muy linda, Marta.

En estos últimos tiempos, llevado Guido de su ambición, había emprendido algunos negocios de contrabando, lo que disgustaba a Marta. Aquella tarde, sentada junto a su esposo, en el patio de la casa, le dijera:

—Quisiera que dejaras ese maldito contrabando. ¿No somos lo bastante ricos para vivir? ¡Pues a qué esa existencia de peligros?

El cura de Trizo, buen hombre lleno de paciencia y de santa humildad, entró a saludarles:

—Os he visto por las afueras del pueblo en horas avanzadas de la noche—les dijo sonriente—, y ya sabéis que el frío de los Alpes es muy malo.

—Nosotros no le tenemos miedo al frío, señor cura...

Después de un ratito de conversación, el buen pastor marchó de visita a otras casas del pueblecillo.

—Es un bendito de Dios que no sospecha nada—comentó Guido.

Pocas horas más tarde, en la estación de Cap, llegaba Juan, siendo recibido por Cristina y su padre.

Y en el siguiente tren, Elena, dispuesta a impedir aquel matrimonio, llegaba también a la encantadora población.

Fueron para los novios aquellas vísperas de boda, un rosario de felicidades sin cuento. El pintor trabajaba febrilmente en el retrato de Cristina.

La chiquilla se impacientaba. Aquellos largos ratos de “pose” ante su padre, le parecían horas robadas a su cariño. Juan sonreía, mirándola con aire compasivo.

Estaban en el jardín. En un intervalo de descanso, en que Pascal, dejando sus pinceles, volvióse para contemplar la línea azul del mar que se divisaba a lo lejos, Juan se acercó a Cristina y la abrazó:

—¡Chiquilla!

Pero les sorprendió el pintor.

—¡Que estoy pintando a Cristina... y no a Romeo y Julieta!

—¡Papá...!

—Bueno... ¿Continuamos o no el retrato?

—Siento frío.

—Pues lo acabaremos mañana... Juan, ¿quieres hacer el favor de ir a buscar un “écharpe” para Cristina?

—Te lo agradeceré, Juan.

Lancy se marchó. Mientras el pintor recogía su caballete y sus pinceles, Cristina marchó hacia la casa. Al acercarse a una verja, cayó junto a sus pies una piedrecita, en un papel.

Elena, que rondaba por las cercanías del



La chiquilla se impacientaba. Aquellos largos ratos de "pose" ante su padre, le parecían horas robadas a su cariño.

parque, deseando ponerse al habla con su rival, había aprovechado este medio para escribirle.

Sorprendida, Cristina desarrugó el papel y leyó:

Señorita: Una mujer muy desgraciada desearía hablarle. Acuda esta noche a la puerta de su jardín y siga por el sendero marítimo. Se trata de su felicidad a la vez que podrá usted mitigar el dolor de la que le escribe.

Sintió la joven que algo amenazaba su felicidad. ¿Qué significaba aquéllo?

Anduvo el resto del día preocupadísima, pensando en la misteriosa carta que hablaba de dolor...

—¿Qué tienes? Tú me ocultas algo—le dijo Pascal viéndola seria y grave.

—No, papá.

Aquella noche se celebró una cena íntima en casa del pintor. Cristina había aparecido preocupada.

Cuando marcharon los últimos invitados, Cristina se dispuso a acudir a la extraña cita.

El pintor, llamando a Juan al saloncito de fumar, le dijo:

—Dentro de pocas horas será usted el marido de mi hija. Yo conozco la juventud. Sé que a veces se cometan actos que luego pesan por toda la vida. Dígame, Juan: ¿no hay nada en sus recuerdos que pueda ser un obstáculo para la felicidad de mi hija?

—Querido suegro, ya le he dicho varias veces que mi conciencia no me remuerde de mi pasado.

—Fíjese que yo tengo sobre este particular un criterio muy cerrado.

—Puede usted estar perfectamente tranquilo. Nada existe...

Cristina, envolviéndose en el "écharpe" que Juan había traído aquella misma tarde de la ciudad, salió al jardín, procurando que nadie la viese.

El portero la saludó, sorprendido de que fuese sola a tales horas.

La joven aceleró el paso, tomando por el sendero marítimo. Tenía deseos de hablar pronto con aquella misteriosa mujer.

Las horas de la noche envueltas en soledad y misterio eran propicias para los contrabandistas que se acogían a ellas, seguros de su impunidad. Marta rondaba por las cercanías esperando el momento de atisbar a Guido que llegaba de Italia con sus fardos de contrabando.

Cristina llegó al mirador, donde ya se encontraba Elena. Las dos mujeres se miraron un momento en silencio, como dos rivales dispuestas a acometerse.

—Señorita—comenzó Elena con voz suplicante—, amo a Juan y él, a no ser por usted, seguiría queriéndome...—Y contó, a grandes rasgos, su historia de amor.

Cristina no dió importancia a sus palabras. Estaba bien segura del cariño de su Juan.

—Todos los hombres son iguales—contestó... —y una aventurilla antes de casado, es siempre preferible a después...

—¿ Y nuestra hija Juanita? —prosiguió Elena, dispuesta a confesarlo todo—. Ella es algo más que una aventurilla...

—¿Qué dice usted?... ¿Juan tiene un hijo?...

Dios mío... Dios... mío... Esto no es posible...

Dominada por la más intensa emoción, Cristina se apoyó contra el barandal y éste, de frágil y carcomida madera, cedió hacia el vacío. Por un momento tambaleóse Cristina, el cuerpo inclinado, pronto a caer en el abismo. Elena, horrorizada, la asió por la cadena, re-



Elena, horrorizada, la asió por la cadena...

galo del pintor, que se rompió a su peso, y la adorable criatura fué a caer al fondo del mar.

Atemorizada por aquella muerte de la que ella era involuntariamente culpable, Elena se alejó de allí, presa de indecible terror.

Marta, la mujer del contrabandista, había presenciado, oculta en unas peñas, la trágica

escena. Vió a Elena que corría despavorida, agitada por la más tremenda impresión. Fué al mirador y contempló el inmenso abismo extendido a sus pies, el agua quieta y suave que llevaba en su corriente el cuerpo de la gentil muchacha.

Recogió la cadenita de oro, desprendida en



Marta, la mujer del contrabandista, había presenciado, oculta en unas peñas, la trágica escena.

el horrible momento, y la guardó en su bolísono.

Poco después, se reunió con Guido que acababa de desembarcar. Contó lo que había presenciado..., la extraña caída de la mujer, la

huída veloz de la otra. ¿Se trataba de un crimen?

En tanto, se había deslizado tranquilamente el tiempo en casa de Pascal. Ante la tardanza de Cristina, comenzaron a sentirse inquietos. ¿Le habría ocurrido alguna desgracia?

Salieron al jardín llamando a la jovencita.

—Yo vi a la señorita en la parte baja del parque—les dijo el guardián.

La voz temblorosa del padre, llamando a Cristina, se perdió pronto entre el ramaje del jardín dejando un eco saturado de tristeza. También Juan sentíase invadido por una gran pesadumbre. En vísperas de casarse, ¿qué significaba aquella desaparición misteriosa?

Siguieron por el camino marítimo y al llegar al mirador y contemplar el barandal roto, la trágica realidad les hizo ver su desventura.

—¡Oh Cristina, Cristina!

El artista comprendió cuánto había ocurrido. Se juntaban en su corazón estas dos palabras, produciéndole un dolor vivísimo: "Cristina muerta".

Juan, asomándose al abismo, lanzó un grito de sorpresa:

—¡Su "écharpe", su "écharpe"...!

El amplio velo flotaba junto a unas rocas muy cercanas al mar.

—¡Pobre hija mía!—gimió el desconsolado padre—. Ya no volveré a verla.

Juan descendió afanosamente hacia el sitio donde se encontraba el velo y lo recogió.

—¡Dios mío! ¿Qué habría ocurrido allí? ¿Cómo había ido Cristina al mirador a esta hora de la noche?

Y el padre se retorcía de pena mientras besaba el fino "chal" que le recordaba a su hija.

* *

A los dos días en Trizo, Guido y su mujer, comentaban un suelto de los periódicos que decía:

"La señorita Cristina Pascal, hija del laureado pintor, ha desaparecido en circunstancias bastante extrañas. Ayer, cerca de las once debió caer al mar en el sitio llamado "Remolino" de la costa de Cap. Se presume que sea un asesinato pues su "écharpe" se encontró colgado en una roca próxima al lugar del suceso."

—¡Caramba! Ha sido en el mismo sitio que abordamos y a igual hora—comentó Guido.

—Felizmente—dijo Marta—, nadie nos ha visto. Si no...

Pascal vivía aniquilado ante aquella imprevista muerte. En compañía de Juan, comentaba las últimas impresiones de los diarios. La hipótesis de un suicidio o de un asesinato, según decía la Prensa, había quedado descartada. Más bien se creía en un accidente.

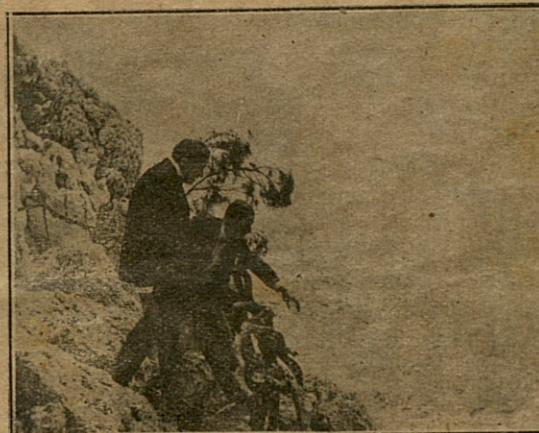
—Yo no creo en tal accidente—dijo Pascal—. Cristina fué arrojada al mar, pero ¿por quién y por qué?

—Nadie sabe lo que pudo ocurrir.

—¿No es usted de la misma opinión?

—El golpe, tanto para usted como para mí, es injusto... pero yo tengo que hacerle una confesión.

Y Juan, dispuesto a descargar su conciencia de las tristezas pasadas, contó al pintor la historia de sus amores con Elena.



—¡Su "écharpe", su "écharpe"!

—¡Pobre hija mía!... Y dígame: ¿ha vuelto usted a ver recientemente a esa mujer?

—Sí, la vi en París hace pocos días. Se enteró de mi boda y quería impedirla.

—Pues... entonces... ella ha matado a mi hija, y usted es el responsable de su muerte. Temblaba poseído de santa indignación.

—Elena es incapaz de cometer un crimen semejante—contestó Juan.

—Usted podrá creerlo o no... pero yo he perdido a mi hija para siempre...

Y Pedro tenía en sus ojos una mirada de espanto, de vencimiento como si sólo deseara morir.

En Trizo, continuaba Marta censurando el oficio de contrabando a que se había dedicado su esposo. Ante el cofre abierto, contando algunas monedas de plata, dijo:

—Poco dinero ha dejado la última partida de tabaco... ¿Y te expones a que vayas a la cárcel por eso?

Guardó el dinero. Vió en el fondo del cofre la cadena de oro encontrada por ella la noche de la tragedia. Guido exclamó:

—Esta cadena pertenece a alguna de las dos mujeres que viste sobre el "Remolino". ¿No has leído nada más de este asunto?

—No.

—Seguramente aquella escena está en relación con la muerte de la señorita Pascal. Con vendría decirlo...

—No harás esa locura, Guido. Las autoridades te acusarían en seguida. ¿Cómo ibas a explicar nuestra presencia en aquel sitio y a tales horas?

—Tienes razón, mujer. ¡Qué cabeza tan estúpida la mía!

En París, Elena languidecía víctima de sus penosos recuerdos. El médico, un viejo amigo de la familia, la había visitado:

—Su corazón se exalta demasiado... Es necesario que deje París y busque un rincón de la montaña. Conozco uno que es excelente para su salud, en Orsi, cerca de Trizo, Alpes Marítimos.

Juan de Lancry, desde la capital de Francia, había escrito una desconsoladora carta a



En París, Elena languidecía víctima de sus fervorosos recuerdos

Pascal anunciándole su próxima partida a América. "Hubiera querido llevarme su perdón, pero el temor de no ser recibido por usted me detiene a efectuar este paso."

Con el transcurso de los meses, no disminuyó el dolor de Pascal. Aquel golpe le había

quitado media vida. Se sentía enfermo, envejecido. ¡Ay! ¡Por qué no había muerto él y no la encantadora Cristina, capullo de juventud que apenas se entreabría esplendoroso a los aires del mundo?

Mandó construir una escalinata que conducía al sitio donde tan trágicamente había muerto su hija... En el sitio donde quedó colgado el "écharpe" se erigió una cruz que recordase eternamente su infortunio... Todas las tardes iba el pintor a derramar flores sobre aquel mar que se había llevado a su Cristina. Era una devoción ardiente de su alma de solitario.

Uno de sus amigos de Cap le dijo un día:

—Hace cuatro meses que va usted diariamente al mismo sitio donde sólo aumenta su dolor... Pase usted una temporada en el campo, en la montaña. Trizo, por ejemplo, que está cerca de aquí, le sentaría muy bien... Si acepta, iré a buscarle.

—Tiene usted razón... Acaso me convendría renovar un poco el ambiente... Venga mañana por mí.

Sí, quería librarse por unos meses de aquel sufrimiento que le mordía las venas. Un poco de aire y de luz desconocidos, serían como un bálsamo amado.

Pocos días antes, Elena llegaba a Orsi con su pequeña Juanita. Dedicóse desde el primer momento a hacer obras de caridad. Dispuesta a consagrarse su vida a los demás, era como un hada protectora para todas las buenas gentes.

Cuando Pascal con su amigo se dirigía a Trizo, topóse por el camino con Elena y su hija que paseaban por los alrededores adorables.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó el pintor.

—Es una forastera que acaba de llegar a Orsi y a quien llaman, por sus buenas obras, la Santa.

Anduvieron en silencio hasta que llegaron a Trizo.

—Gracias, mi buen amigo... No olvide usted que me llamo Pedro a secas. Quiero olvidar y que me olviden...

Trizo le agradó. Era un pueblecillo insignificante, porción de casitas agrupadas junto a un campanario que la acción de los siglos volvió gris. Le rodeaba una campiña verde y fecunda, un cinturón de primavera eterna.

El buen cura de Trizo pasó junto al pintor y éste le llamó:

—Existe una casa donde poder hospedarme, tranquilo, olvidado de todos?

—En casa de Guido Vanca encontrará usted lo que busca, señor. Es una buena familia.

El mismo cura le acompañó.

—Nuestra casa es bastante grande para albergar a un huésped —dijo Marta.

Le mostraron el cuarto, habitación aldeana que olía a rancio perfume.

—De este lado se ve Orsi, allá abajo... y esta otra ventana da sobre la costa...

Pascal miró el mar. Y volvió a sentir el eco de la tristeza en su corazón, el dolor que no le abandonaba nunca siguiendo sus pasos.

El pobre artista no halló tampoco la paz en este rincón silencioso.

—Parece un alma en pena—comentaba Marta.

Pasaron algunos meses. Pascal, para entretener sus ocios, pintaba, cultivando con cierta negligencia su arte.

—Tiene usted una gran disposición para la pintura—le dijo ingenuamente el párroco, que había entrado en casa de Guido.

—Se me ocurre una idea—continuó—. ¿Por qué no pinta usted una Virgen para nuestra capilla? Precisamente pronto hay procesión.

Marta, que había escuchado la conversación, se marchó rápidamente y a poco regresó envuelta en un manto blanco y con el chiquillo de una vecina en los brazos.

—¡He aquí su modelo!—exclamó—. ¡Verdad que parezco una Virgen?

Pascal, sonriente, contestó:

—Sí, realizaré la idea... Pero la imagen Divina de mi pintura la llevo tan grabada que no necesito modelo.

Durante algunos días, Pascal trabajó complacido en su trabajo. La imagen de Cristina, la hija adorada, aparecía ahora vistiendo el manto azul de la Virgen de los Cielos.

El día de la procesión todo el pueblo se echó a la calle a ver aquella imagen maravillosa... ¡Oh qué gran artista era el señor Pe-

dro! Y al verle pasar, le miraban con respeto y asombro.

Elena se trasladaba muchas veces de Orsia Trizo con su hijita. Aquel día, atraída por la procesión, se encontraba también en una de las calles de Trizo, viendo pasar el cortejo. Y al contemplar la imagen, sintió que un recuerdo lejano agujoneaba su corazón. Por un momento creyó en algo alucinante y fantástico. Aquella imagen tenía el mismo rostro, la mirada de los ojos, el dulce rasgo de aquella criatura que murió despeñada sin que pudiese evitarlo.

Cuando terminó la procesión, penetró en la iglesia para convencerse de la realidad del prodigo. Sí, era el exacto retrato de Cristina. ¿Qué enigma encerraba la pintura?

Quiso enterarse de quién era el autor del cuadro.

—Es el señor Pedro, mi huésped—dijo Marta—, el que ha pintado la Virgen.

Le vieron cruzar la calle, abismado en sus recuerdos.

—¡Pobre señor!—exclamó Elena—. ¡Parece afligido por una gran desgracia!

—Si usted le hubiera visto cuando llegó aquí, parecía un espectro... Debe haber algún secreto en su vida...

Elena, compadecida sin saber por qué del desconocido, quiso acercarse a él para aliviar de algún modo su dolor.

Le veía algunas veces a la caída de la tarde por los alrededores de Trizo, y la niña

fué el pretexto que inició su amistad. ¡Ay! Elena quería descubrir el secreto que embargaba al artista. ¡Aunque el corazón le decía que era el padre de la infeliz joven!

Juanita, con el cariño de los pocos años, se acercaba al pintor, y éste, solitario y errante, la interrogaba amorosamente.



...y la niña fué el pretexto que inició su amistad.

—Es encantadora su pequeña—le dijo cierta vez a Elena—. ¡Que Dios se la conserve muchos años!

Fuéreronse haciendo más frecuentes estos encuentros, como si por encima del drama que les separaba el destino se complaciese en lle-

narles de mutua simpatía, y de esta intimidad nació bien pronto una confesión... Elena dijo que era la mujer más desgraciada del mundo... Y Pascal, deseoso de manifestar a alguien su dolor, contó a Elena todo su pasado...

—Ahora ya sabe usted quién soy...

¡Pobre artista! Sintió deseos de arrodillarse ante él y suplicar su perdón. Y por su culpa, aquel padre vagaba solitario por el mundo.

—Mañana se cumple el aniversario de su muerte. Los periódicos hablaron de un accidente pero yo estoy seguro de que fué un crimen...—añadió Pablo.

Y Elena le vió partir, con el alma triste y el secreto a flor de labio... ¿Cómo confesarle la trágica verdad?

La noche siguiente, fué Pascal a Trizo para rendir un tributo a su hija. Llenó de flores la Cruz y las derramó luego sobre aquel mar que desconocía las luchas de los hombres...

Cuando regresaba, pasaron junto a él Guido y Marta que conducían dos caballerías.

—¿Vosotros aquí a esta hora?—preguntó.

—Venimos de las rocas de Cap, donde unos amigos han desembarcado un poco de contrabando... A usted, señor Pedro, que es buena persona, podemos confiarle este secreto...

—No, yo no he de decir nada...

Algunos días después, Pascal decidió escribir a Elena, a aquella mujer que le había mirado con simpatía, que se interesaba por

él... y hacia la que algo así como un poco de amor latía en su corazón.

—Gildo... puesto que va usted allá abajo, ¿quiere llevar esta carta a Orsi?

—Con mucho gusto, señor Pedro.

Elena rasgó el sobre de aquella misiva y no pudo reprimir un sentimiento de emoción al leerla:

Apreciable Elena: Aun ignorando la desgracia que la envuelve, yo consagrará mi vida a disminuir su dolor. Ha hecho usted nacer en mí un sentimiento profundo. ¿Quiere usted ser mi esposa? Yo seré un padre afectísimo para Juanita que me recuerda sin cesar a mi Cristina.

¡Pobre hombre! No, ella no podía amarle, no debía amarle después de todo aquello... Sentía por él compasión, lástima, un cariño de hermana... Nada más.

Gildo, con el pretexto de interesarse por su salud, frecuentaba asiduamente la casa de Elena de quien se había enamorado como un colegial.

Una vecina se encargó de advertir a Marta:

—Vigila a tu marido que frecuenta mucho el poblado de Orsi, y de paso, se deja caer en casa de una francesa a quien llaman La Santa.

—Ya verás cómo esto no vuelve a suceder.

Regresaba Guido con la contestación de Elena para el pintor. Sentía celos. ¿Qué significaba aquella carta? Tuvo tentaciones de

abrirla, pero finalmente la entregó a Pascal.

Este, que aguardaba con impaciencia noticias de Elena, la abrió nerviosamente, y leyó:

Amigo mío: Estoy conmovida por su carta que agradezco en el alma. Yo nunca podré ser su esposa. No me pregunte los motivos de esta resolución. Sepa, sin embargo, que tiene mi profundo agradecimiento. Juanita le manda un abrazo tan fuerte como afectuoso. Elena.

Una amarga sonrisa crispó las facciones del artista. Su última ilusión: el amor de aquella mujer, también se la negaba el destino.

Marta, atormentada por los celos, espió a Elena y cuando un día logró verla a pleno sol, sintió que el recuerdo de aquella noche trágica se agolpaba a su mente. No cabía duda. Esta mujer era la misma que vió hablando con Cristina en el mirador.

Quiso averiguar más. Supo que su huésped era el señor Pascal, el padre de la muerta. He ahí que el destino la ponía junto a los dos.

Aquella tarde, Marta pensaba en la necesidad de tomar una determinación. Se le acercó corriendo una chismosa vecina, y le dijo:

—A la parisense de Orsi la he visto por el desfiladero. Viene hacia Trizo.

Vibró todo su ser. ¡Oh! ahora iba a pagarlas todas. Furiosa fué a su encuentro en mitad de la carretera.

—¿Dónde va usted?—preguntóle—. Usted fué la mujer que mató a la hija del pintor Pascal... la he reconocido. Yo estaba allí aquella noche, y cayó a dos pasos de mí cuando procuraba huir,

Elena volvióse pálida, amarillenta como si fuese a caer.

—Después de haber muerto a la hija, quiere usted seducir al padre... y también a mi marido... ¡Es usted una mala mujer, un monstruo!

—¡Pero si yo no conozco a su marido!



—Después de haber muerto a la hija, quiere usted seducir al padre...

—No, ¿eh? ¿Quién va a su casa sino Guido? ¿A qué tales visitas?

—¡Guido! Pero, mujer... está usted en un error. Apenas he hablado con él.

Marta, roja de ira, dominada por absurdos celos, comenzó a coger piedras tirándolas bru-

talmente sobre la infeliz que tuvo que retroceder asustada.

Entretanto, el pintor paseaba por el patio de Guido. Soñaba en su pobre vida de soledad y de abandono. Fatigado de andar, entró en el interior de la casa. Vió a Guido que contemplaba una cadena de oro. Le pareció que de pronto el tiempo pasado volvía a él. ¡Aquella cadena allí!

—¿Qué es esto? —dijo con una mirada de espanto—. ¡La cadena de mi hija en sus manos! ¡Ah! Vosotros frecuentáis por las noches las rocas de Cap. Ya comprendo... Contrabandista... ladrón. ¡Ya tengo el asesino!

Y abalanzóse al aldeano, ciego de ira.

En aquel momento entró Marta, que acudió a separar a los dos hombres:

—¿Está usted loco acusando a mi marido?

—Dejadme. Esta cadena os delata. Se cometió un crimen. Por fin está descubierto.

—No, señor Pedro, no. Yo esperaba a Guido aquella noche. Y encontré la cadena cerca del barandal roto...

—¿Y el asesino... el asesino?

—Pregunte a Elena, a su amiga la Santa. Ellla se lo dirá...

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto usted loca? ¡Dios mío! ¿qué es esto?

Corrió, como un autómata, bajo el peso de una ansiedad terrible, hacia donde creía encontrar la verdad. ¡Elena, la mujer que le interesaba, complicada en el crimen! ¡Qué horror!

Al verle desencajado y tembloroso, Elena comprendió que había descubierto su secreto.

—Dígame, ¿es verdad que conoce al asesino de mi hija?

—Escúcheme, escúcheme...—Hablabá entre cortada, con el corazón roto por el dolor—. Mi Juanita es la hija del malvado que iba a ser su yerno. Conociendo su proceder yo quise hablar con su hija aquella noche... Estábamos en el mirador. Ella se opoyó. Cedió la barandilla a su peso. Quise detenerla, sólo pude asirme a una cadena... Fué una gran desgracia...

Lloraba Pascal con la tristeza del hombre a quien la vida hiere continuamente.

—Me siento morir... perdón... perdón... —imploró Elena.

Y su voz se extinguía dulcemente como un eco que se apaga...

Pascal, conmovido a su pesar...

—Sí, la perdonó—contestó—; pero ¿y mi hija?

—Quiero pagarle esa deuda—pronunció Elena—, quedese a mi Juanita. Sea usted su padre y quiérela mucho, mucho... ¿Me lo promete usted?

Pablo desató su amargura en llanto, y abrazado a la tierna criatura, musitó que no la abandonaría jamás.

Y la infeliz Elena, tranquila ante aquella promesa, sonrió por última vez...

FIN

A fin de corresponder al favor constante de nuestros numerosos lectores, con el próximo número iniciaremos la campaña de grandes novelas, con cambio total de

PORTADA

no dudando conseguir con ello la afirmación de la simpatía que se nos ha dispensado hasta ahora,

La inmediata novela se titula

Lo que no se compra

de la que son intérpretes los famosos artistas JACK HOLT, AGNES AYRES, WALTER HIERS.

Gran éxito en el Coliseum de Barcelona.

10 Fotografías

32 Páginas

POSTAL REGALO: AMLETO NOVELLI

¡Sea usted, lector y colecciónista de
LA NOVELA FILM!

Pida usted LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRÁFICA

BIOGRAFÍA DE «ESTRELLAS» DEL CINE

Números publicados. — 1, Alice Terry; 2, Rodolfo Valentino; 3, Lillian Gish; 4, Antonio Moreno; 5, Gloria Swanson; 6, Tom Mix; 7, Viola Dana; 8, Milton Sills; 9, Raquel Meller; 10, Harry Carey (Cayena); 11, Dorothy Dalton; 12, Douglas Mac Lean; 13, Norma Talmadge; 14, Rod La Rocque; 15, Pola Negri; 16, Lewis Stone; 17, Constance Talmadge; Próximo número: jueves, Tom Moore

En su número del 10 del corriente,

AYER Y HOY

PUBLICA:

Una interviú a los estudiantes en los claustros de la universidad, reportaje que proporcionará un nuevo éxito a nuestro magazine-revista, cuyo sumario se completa con los siguientes trabajos: — *La abuela rebelde* (Novela corta), por Temple Bailey. — *El marido calavera* (Diálogo teatral), por Charles Darennes. — Por los caminos del mundo. Cartas de amor. De la vida frívola. Novela cinematográfica. Chistes y caricaturas. — El campeón español de boxeo Ricardo Alís se dirige a los lectores de **AYER Y HOY**. — Modas. Deportes. Página infantil. — *Corazones de hielo* (Novela de aventuras), por James Oliver Curwood.

¡OCHO PÁGINAS GRÁFICAS!

Convéñase usted de que **AYER Y HOY** es el magazine-revista que Vd. debe leer.

VARIEDAD - INTERÉS - AMENIDAD

¡76 páginas!

140 céntimos!

NOTA. — Agotados los dos primeros números de **AYER Y HOY**, y habiéndose hecho un nuevo tiraje de los mismos, anunciamos al lector que puede adquirirlos en los kioscos o pedirlos directamente a nuestra Administración: **Layetana, 12**
BARCELONA.

Imp. "Violeta", Urgel, 2

